

1

Era una noche helada de invierno, sombría y silenciosa. De los postes que iluminaban la ciudad colgaban pedazos de hielo como espadas; de las fuentes, los chorros de agua brotaban como cascadas congeladas y las calles parecían pistas de hielo resbaladizo. Esa misma noche ocurrió algo extraño, *muy extraño*: Lyor Krin había robado los sueños de Kira y los de otros niños de la ciudad.

Cuando Lyor frotó entre sus manos las piedras coloradas de su collar mágico, una luz brillante, como un rayo, atravesó la ciudad expandiendo destellos de colores por todos lados, transportando los sueños robados en pequeñas esferas de cristal.

Lyor Krin adoraba las noches heladas como esas. Pero, sobre todo adoraba el silencio libre de voces y risas de los niños. ¡Oh, sí! Sin duda eso era lo que más le gustaba.

Esa noche la mayoría de los niños había ido a dormir temprano. Kira no fue la excepción. Apenas terminó de cenar dio el beso de las buenas noches a sus padres y se retiró a su habitación. Una vez allí, escribió en su diario lo que había hecho durante el día, y cuando hubo terminado, lo apoyó sobre la repisa, cogiendo a su vez un cuento de la pequeña librería. Se acostó en su cama y luego de leer algunas páginas se quedó dormida y el libro se escurrió entre sus manos, permaneciendo sobre su pecho.

De repente, Kira se despertó de un sobresalto al percibir la luz brillante. Y, por un instante y sin motivo aparente, su corazón se agitó perturbado, al mismo tiempo que la envolvía una extraña sensación de vacío. Notó el libro que tenía apoyado sobre su pecho y, sin interés, lo

arrimó y volteándose hacia el otro lado, se durmió. Ella ignoraba que, desde esa noche de invierno, su vida cambiaría para siempre.

